

Las batallas de Simancas y Alhandega en las pinturas de San Baudelio.

Simancas: La "jornada del foso"

Cuentan los cronistas que la caballería árabe fue arrinconada frente a un foso de la ciudad de Simancas "donde fueron cayendo los hombres hasta cubrirlo de borde a borde", y que a esta acción se denominó en las fuentes árabes "la jornada del foso" de Simancas.

Cansado de las traiciones de Abu Yahya Mohammed, gobernador de Zaragoza en 934 (a quién después perdonó y luchó a su lado en Simancas), y del wali de Santarem, Omaiya Ben-Ishac (que lideró junto al rey leonés sucesivas incursiones hasta Lisboa en 937), cuenta Ibn-Kaldun y la crónica anónima *Akhbar-madjmua* que el califa formó, con la ayuda del gobernador musulmán de Zaragoza (Abu Yahya), un gran ejército de casi 100.000 hombres, formado por mercenarios andalusíes, militares profesionales, tribus bereberes, soldados de las provincias militarizadas (yunds), y un buen número de voluntarios, a quienes llamó a la yihad en la campaña "gazat al-kudra" o Campaña del Supremo Poder, a finales de junio de 939.

Después de saquear y destruir los lugares que encontraban en su camino (Olmedo, Íscar, Alcazarén), los contingentes califales acamparon cerca del río Cega y se instalaron en el Castillo de Portillo a principios de agosto.

El encuentro entre los dos ejércitos se produjo en Simancas, y fue uno de los acontecimientos más memorables de la historia de España en el siglo X y aquel que más sensación produjo no solo en toda Europa de este a oeste, sino hasta en los confines del Asia.

Pero es un error pensar que la batalla fue una extraordinaria victoria cristiana. Según las informaciones contenidas en el volumen V del Muqtabis de Ibn Hayyan, la batalla quedaría en tablas, o sería, en todo caso, una victoria pírrica para las tropas cristianas. La huida de Abd al Rhaman III, que perdió su espada y su precioso Corán con incrustaciones de oro y piedras preciosas, tuvo otras causas.

Dice la crónica *Akhbar-madjmua* que tras la sublevación de Omaiya Ben-Ishac, «*El Califa, (a quien Dios perdone) eligió sus ministros entre personas de notoria incapacidad, e irritó a los nobles encumbrando a los altos puestos del Estado a hombres vulgares como Nadjda de Hirá y otros esclavos de la misma estofa. Dio a este Nadjda el mando de su ejército; le confió los negocios más importantes del Estado; obligó a los generales y a los wazires, i hasta los mismos generales y wazires árabes! a doblar la rodilla ante él y a obedecerle en todo. Es así que este Nadjda era una nulidad, arrogante y estúpido como lo son generalmente las gentes de su clase. Los generales de noble origen conviniéronse pues en dejarse derrotar, y cumplieron su convenio en la campaña de Simancas del año 327 (939). El Califa había reunido bajo sus banderas un número inmenso de soldados, y gastado sumas enormes para hacer aquella guerra, a la que llamó la campaña del poder supremo; pero sufrió la más vergonzosa derrota. Durante muchos días consecutivos los cristianos persiguieron a sus soldados pisándoles los talones, matándolos por todas partes y haciendo numerosos prisioneros. Pocos oficiales consiguieron reunir bajo sus banderas una parte de sus soldados y volverlos a sus hogares*».



El ciervo simboliza la vida o el ardor sexual y a veces representa al «árbol de la vida» en la tradición islámica.

Salmo 41 del rey David: "Así como el ciervo sediento desea las fuentes de agua, así mi alma (como el ciervo herido) suspira por ti, oh Dios mío".

El Islam fue herido de muerte en la batalla de Simancas.

Alhandega: "La jornada del barranco"

Al-andaq significa "barranco" en árabe.

El ejército califal que con al-Nasir (Abd al Rhaman III) a la cabeza escapó de la batalla de Simancas perseguido de cerca por las tropas cristianas de Fernán Gonzalez y Ansur Fernández, se dirigió hacia el este en busca de Atienza y Medinaceli, y se protegió por un corto espacio de tiempo en la fortaleza de *Qstrb* (Castrabón).

Castrabón era un lugar fortificado de cierta envergadura que aparece en alguna que otra ocasión en las fuentes árabes.

Martínez Díez dio noticia de un documento de mediados del XII procedente del obispado de Sigüenza, que colocaba a Castrabón en el entorno de Caracena (Soria).

San Baudelio de Berlanga se encuentra a escasos kilómetros de las Hoces del río Caracena en línea recta.

Las Hoces del río Caracena tienen unos farallones de 20 metros de altura. Cuentan las crónicas que asediados por las tropas cristianas y anocheciendo, varios miles de hombres se despeñaron en su huida desde lo alto del cerro hasta el cauce del río, veinte metros más abajo.



El cazador, armado con tridente, y acompañado por una pequeña jauría de tres lebreles (¿los perros cristianos?), engalga una pareja de liebres hacia la red tendida entre los árboles que cierran la escena y que les impedirá el paso.

¿No encuentran similitud con la batalla de Alhandega?

Las liebres ("¡Malum signum! Liebre huye, galgos la siguen") fueron declaradas ya impuras por la Biblia, y simbolizan la superficialidad espiritual, la concupiscencia, la poligamia (en la Antigüedad fueron animales consagrados a Venus) y, en general, la debilidad del alma.

El califa.

Abd al Rahman III consigue escapar, quizás porque se dirige hacia Atienza con otro cuerpo de Ejército, en dirección sureste. Quienes cayeron en las Hoces del río Caracena se dirigían a Medinaceli, en el este.

La figura del guerrero con halcón se encuentra en la pared lateral a las otras dos pinturas.





Las aves casi siempre representan la trascendencia en el plano teórico, y la espiritualidad. Con harta frecuencia las aves representan a las almas, y así habría que interpretar el cuadro de Giotto que plasma a San Francisco de Asís predicando a las aves.

Una clasificación comparativa de la fauna con los hombres hecha por Odón de Túsculo, identifica al halcón con los confiados, los seguros de sí mismos.

En la tradición árabe, el halconero es el jinete victorioso que triunfa con ayuda de la fe sobre otros animales corruptos.

Abderramán III era un magnífico jinete, muy amante de la cetrería.

La palmera.

La palmera simboliza el "árbol del Paraíso" en la tradición musulmana, que da alimento, sombra, y con ello, reposo y placer. Ascender por la palmera supone alcanzar el paraíso, donde un musulmán podrá gozar de los árboles, las fuentes y los animales en presencia de Alá.

En San Baudelio hay dos guerreros pintados. Uno, conocido como el guerrero moro, frente a la entrada del templo. El otro, difuminado, asciende por la palmera.

En la batalla de Alhandega mueren miles de guerreros musulmanes a quienes espera el paraíso prometido por Alá.

Para el Islam, el ser humano es un cuerpo animado, una unidad de cuerpo (materia) y nafs (conciencia), al contrario de la concepción platónica de la dualización, un cuerpo y un alma de diferente sustancia, inmaterial y prisionera en un cuerpo material. En estos dos conceptos hay una gran diferencia, puesto que de la visión platónica se extrae la concepción de "la inmortalidad del alma" y de la concepción coránica se extrae la concepción de "la resurrección de la persona nafs (espíritu) en el paraíso, con un nuevo cuerpo recreado".



La cronología de San Baudelio es motivo de gran controversia.

La datación dendrocronológica con carbono 14 afirma que la ermita fue construida en el siglo XI.

La tesis historicista descarta una construcción tan tardía, y la sitúa cien años antes, a mediados del siglo X, en los años posteriores a las batallas de Simancas y Alhandega del año 939.

La datación dendrocronológica parte de las muestras tomadas de la madera de las vigas que sostienen la cúpula que cierra los diferentes brazos de la "palmera".

La zona fue reconquistada definitivamente en 1060 por el rey Fernando I no sin presentar batalla, y no sería la primera construcción que se incendia durante una refriega y se reconstruye posteriormente.

Las pinturas del ciclo cinegético sí son cristianas del siglo XI pues es sabido que los musulmanes jamás pintaron el cuerpo humano, mucho menos en un templo religioso.

Pero es muy probable que rodeando el edificio de esquina a esquina se moldearan caracteres cúficos, para escribir preciosas poesías en recuerdo y alabanza de los hombres que perdieron la vida en la más grande batalla que vieron los siglos hasta entonces.

Con todo el respeto por las técnicas modernas, las dos teorías sobre la datación de la ermita no son incompatibles entre sí.

Y no se puede proclamar la absoluta certeza de la datación que proclaman. Tan solo se puede afirmar que las pinturas son muy sugerentes, y que no es verosímil que a mediados del siglo XI se permitiera la construcción de un templo de estas características, cuando ya se había prohibido el rito mozárabe en todo el reino, y se implantaba el románico con fuerza y determinación en todas las construcciones religiosas.